

No sobra, al margen de lo anterior, intentar aproximar a esta época la relación entre partidos, facciones y elecciones. Después de 1974, prosiguió la proliferación de los llamados "barones locales", la multiplicación de listas y candidatos, en lo que algunos análisis consideran una aguda crisis de indisciplina —apetitos amparados en prestigios locales—, estimulado por el juego de residuos del actual sistema electoral (Carlos Augusto Noriega). La ampliación de este fenómeno ha implicado incluso el desarrollo, en el plano descriptivo, de conceptos netamente faccionalistas, como es el de "escalafón de votación individual en elecciones de corporaciones públicas", empleados por politólogos como Humberto Uribe Toro.

La tipología nacional del faccionalismo se condensa al final del estudio de Wilson (cap. VII), en proposiciones genéricas que recogen los hallazgos precedentes, y que entre paréntesis podríamos leer hoy empíricamente:

Los partidos tradicionales en Colombia tienen una organización que se hace muy personalizada. De esa manera se asemejan más a confederaciones de políticos de estatus desigual ligados a uno u otro líder principal (Pastana, López, Turbay, Gómez).

Estos políticos pueden constituir eslabones (*linkages*) verticales exclusivos, ligando sólo dos personas, basados en la lealtad personal y cuya dimensión temporal es generalmente breve.

Una facción tiene un líder primario (Samper, Santofimio, Holguín S. Guerra Serna), siendo aquel que no está encadenado a otro líder de más estatus en el mismo nivel —nacional, departamental o local— de los partidos. Puede darse el caso de varios líderes primarios —varias facciones— (Durán D., Samper, Sánchez) coexistiendo en el mismo nivel. Más de un líder primario a un nivel dado puede estar unido al mismo líder en un nivel más elevado (Lloreda C., Holguín S.). Buscan crear su propia organización personal dentro de la partidista.

La "cuota de poder" de un líder es el número de seguidores que lo respaldan.

Los líderes de los partidos colombianos forman eslabones entre ellos mismos con el objetivo principal de

obtener un cargo electivo (*elective office*).

Los conflictos entre las facciones partidistas en Colombia no son programáticos ni ideológicos. El uso de la ideología por las facciones es una táctica política para atraer la atención y para apelar a los votantes.

Finalmente hay variables tales como la competitividad de los partidos, la violencia, la urbanización, y los niveles de abstención que pueden afectar el comportamiento de las facciones partidistas.

A la tipología se añaden otras características peculiares, cuya vigencia no reviste dudas.

El liberal y el conservador son partidos parlamentarios, en los que los congresistas desempeñan un papel privilegiado en sus instancias superiores: la convención y el directorio.

No hay fronteras entre los papeles legislativo y ejecutivo en Colombia, lo que permite concentrar el liderazgo dentro de un pequeño grupo. A esto se añade el sistema de suplentes, que hace posible a un líder primario manejar posiciones diferentes. Su aparición en listas diversas —disputando escaños que no ocupará— tiene como finalidad arrastrar votación para beneficio de sus seguidores en ese nivel o en esa región.

Dado que la votación en Colombia no es por candidatos individuales (excluyendo el presidente) sino por listas de candidatos, la lista es sólo un medio por el cual los candidatos se colocan adelante en una elección. Es inexacto asociar listas con facciones (como lo hace James Payne: *Patrones de conflicto en Colombia*, 1968, pág. 156), ya que muchas veces una lista expresa la unificación táctica de dos o más facciones. La selección de los nombres y la colocación escalonada obedece, según los datos recogidos, al proceso "de bolígrafo" aplicado por los líderes en su respectiva fracción. Si hay unificación, las posiciones se alternan sucesivamente merced a acuerdos "armoniosos".

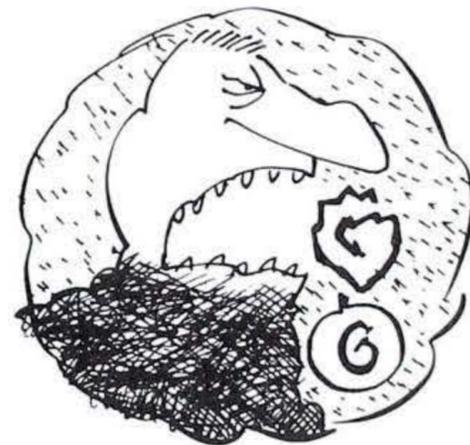
La expresión "nadie tiene capital político fijo" da cuenta de la inestabilidad de los lazos faccionalistas, además de que los elegidos mudan frecuentemente sus aspiraciones, dejando de lado programas y proyecciones

que superen el período legislativo que alcanzan.

Se conoce relativamente poco el proceso de maniobra y negociación que envuelve la asignación, milimétrica a veces, de los cargos ambicionados por las facciones dominantes en un nivel dado de la división político-administrativa.

Para concluir, digamos que la información tabulada que condensa la metodología de análisis empleada está bastante bien presentada, incluso cuando se interpretan algunos coeficientes de correlación. Sólo se descubre alguna inconsistencia (cuadro 4.2, columna 1972-1974) en la transcripción de la distribución de los miembros de la Asamblea del Valle, entre partidos y facciones.

JOSE ERNESTO RAMIREZ



## Un análisis sin juicios de valor

Hechos y crítica política

Mario Latorre

Universidad Nacional de Colombia, 1986, 199 págs.

Dos de los textos reunidos en este libro pueden considerarse ensayos por su relativa extensión y por la profundidad de la exposición de las cuestiones tratadas. "El origen del plebiscito y algunos aspectos de la reforma de 1968" es, formalmente, un salvamento de voto producido, junto con otro magistrado, por Latorre, en una actuación del Consejo de Estado, ante una consulta presentada por la

“honorable cámara de representantes”, en 1972. El documento está lejos de ser árido, y trasciende las circunstancias concretas de su origen; es una interpretación de la constitución, derivada de una filosofía democrática viva y consecuente. Se decide en el documento la constitucionalidad de los nombramientos de afiliados a partidos distintos del conservador y el liberal en ministerios, gobernaciones, dignidades de las cámaras legislativas, y en cargos de la administración de justicia. Cuestión candente que se suscita en el momento en que el cogobierno exclusivo liberal-conservador es mandato constitucional. Fuera de su creatividad jurídica, este salvamento de voto constituye una defensa vigorosa de los derechos de las minorías en una democracia, al fundamentar la consecuencia de esos nombramientos con los principios constitucionales. El análisis semántico de las fórmulas de la Carta relativas a la paridad (art. 120) es brillante, y se concluye que “el significado estricto del término utilizado, *paridad*, que en relación a la política y a este caso, no implica exclusión de los demás sino igualdad de los dos partidos, el liberal y el conservador”.

El otro texto con calidad de ensayo se intitula “Memorial en favor de un conservatismo político”. Su actualidad también es clara, por tratarse de una argumentación contra las reformas que buscan introducir en la constitución la elección popular de alcaldes y gobernadores, el referéndum, la iniciativa popular y la revocación. Para Latorre son inspiración de “unos cuantos intelectuales tronados”. El referéndum somete la apro-



bación de las leyes a decisión popular por votación, o sea a otra instancia fuera de su curso en las dos cámaras legislativas, la iniciativa popular otorga a los ciudadanos el derecho a proponer reformas y leyes, y la revocación es una modalidad que permitiría que los miembros del Congreso pudieran ser puestos en interdicto y llamados a nuevas elecciones por sus electores en el caso de descuidar los intereses de éstos. Ante estas propuestas que procuran una mayor participación del pueblo, la posición de Latorre es claramente fundamentalista. Se basa en la absolutez del principio de soberanía nacional, donde “la Nación”, por representatividad, es la titular de todo el poder. Las reformas mencionadas implicarían un ejercicio directo del poder, por el pueblo, y no por representatividad, y desde el principio de soberanía nacional serían anarquizantes. Dice Latorre: “Agregar a la atribución de designar el presidente y la elección de Congreso que ya tiene, la facultad de decidir sobre la constitución y las leyes, concentrando todo en unas solas manos, así sean las múltiples del pueblo, de los electores, es tiranía”.

Los otros textos son propiamente artículos de corte periodístico; su reunión es un análisis a fondo del funcionamiento del sistema demoliberal en Colombia empleando un modelo teórico proveniente de la ciencia política, donde se aíslan elementos como las elecciones presidenciales, las elecciones corporativas, participación o abstención relativas, tipos de campañas, partidos, oscilaciones del voto, componentes de coalición a las bases partidarias, y el comportamiento histórico comparativo de estos elementos. Se introduce en el esquema, también, el factor *sui generis* que tiene el sistema colombiano y que lo hace una desviación flagrante del modelo: el pacto de congelamiento de la competencia por el poder, por dos decenios, convenido entre las formaciones partidarias históricas. Este rasgo atípico origina uno de los motivos recurrentes en estos escritos de Latorre: un señalamiento constante y pedagógico de las desviaciones de nuestro sistema del modelo teórico; por ejemplo, el receso de la compe-

tencia partidaria por el poder. En “¿Colombia, una sociedad bloqueada?” es, quizá, donde es más clara esta crítica al sistema practicado. Después de observar que en Colombia ni la obtención de la mayoría en las cámaras, ni la obtención de la presidencia, significaban, bajo la vigencia de los mecanismos del pacto mencionado, la obtención del poder político, afirma Latorre: “En esas condiciones no puede hablarse correctamente de competencia política. Piénsese por un momento en lo que son unas elecciones: los recursos de todo género, la cantidad de esfuerzos, la movilización de gentes que requieren. ¿Puede lograrse todo eso para conseguir como resultado uno o dos ministerios más, unas gobernaciones y unas cuantas alcaldías más para los triunfadores? Se mantienen las formas, el ritual y el aparato externo, pero no la esencia, el sustento de la política”. Y más adelante: “[. . .] la sociedad se ha quedado por fuera del sistema político que, aislado, rechina moviéndose en sus engranajes. Los partidos pierden una de sus funciones esenciales: dejan de encauzar la opinión, de representar y congregar esperanzas y aspiraciones dispersas [. . .] pasa en ellos a predominar la mecánica, las combinaciones, a ser presa de sus facciones [. . .]”.

En “Antes de las elecciones del 4 de junio de 1978” y “1982 y el panorama político”, Latorre introduce en el análisis la contrastación empírica del modelo teórico, al seleccionar hechos observables en las cifras de votación de los veinte años del Frente Nacional. Partiendo de una votación alta en el plebiscito de 1957, que sancionó el pacto transitorio entre las agrupaciones políticas, la democracia colombiana sufre una deserción escandalosa del electorado, con excepciones en 1970 y 1974 (elecciones presidenciales) en que Rojas Pinilla y López Michelsen representaban opciones de recambio. Este esquema le permite predecir la apática votación que decide en 1978 la presidencia para el postulante del partido liberal, Julio César Turbay, y detectar una crisis de la coalición de base del partido liberal en 1982.

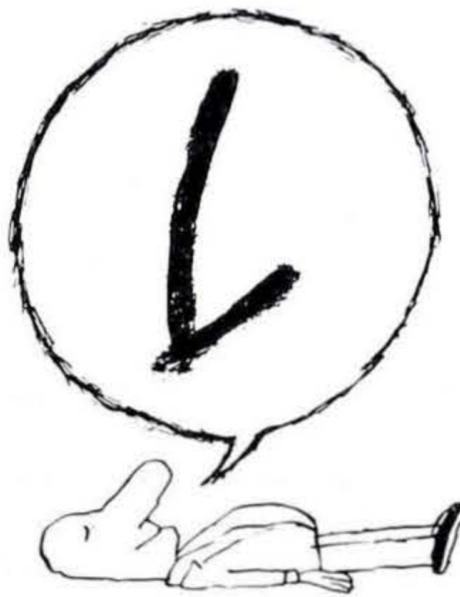
Para observar más cercanamente el método, veamos cómo analiza las cifras electorales en este último caso. El hecho que ha de observarse es la dispersión de la coalición en la base del partido liberal, de acuerdo con la descripción de este elemento del sistema: "Un partido en una democracia es una agrupación de sectores sociales y económicos, de intereses y aspiraciones, de regiones". La coalición del partido liberal se esquematiza compuesta de sectores populares; de una región muy influenciada o controlada, la costa caribe; de composición más urbana que rural; mayoritaria en las cuatro ciudades más grandes del país.

En el desglose de las cifras electorales se desdibuja este perfil. Para efectos del control de la región costera, el dato elocuente es el incremento del voto conservador en la región del río Magdalena. En 1974 el candidato conservador obtiene el 33,7% de los votos en esa región, "una región liberal, más, acentuada y radicalmente de izquierda, de sindicatos y de rudas huelgas"; para Betancur, en 1982, se abre generosamente hasta un 47%.

Las grandes ciudades que acusan una definición liberal estable, remontándose a las elecciones de 1946, que son ganadas claramente en 1974 por López Michelsen, se comportan en 1982 así: el triunfo de Betancur es absoluto en Medellín, Tunja, Manizales, Popayán y Pasto, y relativo en Bogotá, Barranquilla, Cartagena, Florencia, Santa Marta, Villavicencio, Cúcuta, Armenia y Cali. El dato de las cuatro ciudades más grandes, Bogotá, Barranquilla, Medellín y Cali, que se vierten a Betancur, en esta ocasión, es rotundo; estas ciudades habían sido liberales desde 1958, y elección tras elección, hasta 1978, se habían inclinado a favor de este partido.

Respecto al supuesto de la composición marcadamente urbana de la coalición, 1982 presenta un ingrediente considerable de votación liberal oficialista en pequeñas poblaciones y aldeas (47,6%). Los sectores populares ya no se pueden atribuir sin más al liberalismo. Del voto de los estratos bajos de la población de

la capital del país, que ingresa en la votación conservadora total en esa ciudad como un tercio del todo, un 31,3% adhiere a Betancur en contraste con un 26,1% originado para el liberalismo.



De esta manera, la coalición descrita arriba aparece, en la elección de hace cuatro años, en un lastimoso estado de postración, porque "estas agrupaciones se forman por grandes hechos sociales, sobreviven a las causas que las generaron y se desintegran más tarde". Esa es una ley del modelo, y como causa de la desintegración un anquilosamiento del partido, "incapacidad [. . .] para adaptarse a ese nuevo medio; al liberalismo con su organización anacrónica —no ha sabido renovarla— los electores se le escapan para pasar a ser terreno de nadie que ocupa quien sepa conmovierlos". Relacionado con ese factor de que una organización política no se halle a la altura respecto a su base y de que sea incapaz de renovarse, agrega Latorre: "[. . .] fijémonos en la edad, es fácil, y esto indica, entre muchas cosas, si se verifica la renovación de un organismo, su vitalidad, su capacidad de reclutamiento"; esto con relación a la edad de los miembros de la dirección liberal en ese momento, que permite aplicar el término de gerontocracia.

Los artículos y ensayos de Latorre son de gran interés y apasionante lectura, intelectualmente estimulantes, aun para quienes no compartan su método y teoría, ni su fe en el sistema. El autor es dueño de un estilo llano y confortable; no es un español cervan-

tino, pero su sencillez y humor y tono familiar intencionados y la sumariedad de la expresión de rápidas elipsis, dan un carácter humano y amable a un tema que arriesga a la pedantería y la aridez. Latorre es un caso de esos en que, según el viejo aforismo, el estilo es el hombre.

### El sistema político

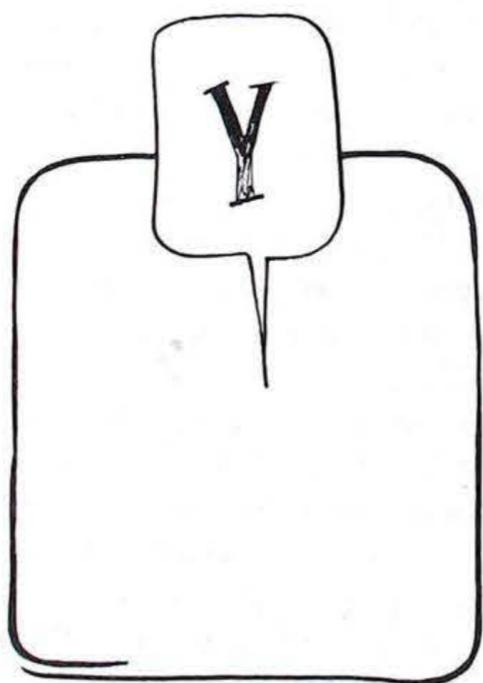
Se contemplaba atrás, en compañía del autor, una especie de *débâcle* liberal en su análisis de la elección presidencial de hace cuatro años. En contraste con esa situación, el desenlace de la elección de este año, 1986, nos pone por delante la recuperación vigorosa de ese partido y la reanimación también del sistema político colombiano con relación a elecciones anteriores, dominadas por un comportamiento lánguido. Los postulados de funcionamiento que Latorre señala en muchos sitios, como el de que una elección (y con ella el sistema) funciona cuando, "real o presuntamente", ella es una decisión sobre alternativas opuestas de conducción de la sociedad ("Antes de las elecciones del 4 de junio de 1978"), darían cuenta de esa inversión de la prognosis apuntada en el artículo sobre 1982. En la elección próxima pasada se propuso un cambio en la conducción de los asuntos públicos, en la forma de la restauración de la "esencia, el sustento de la política", el gobierno de partido con sus aspectos correlativos de responsabilidad política de los gobiernos, de ejercicio de la oposición y de competencia por el poder político; y esta propuesta partió del candidato liberal. Así que el libro de Latorre, cuya obsesión, de principio a fin, son las desviaciones del modelo que detecta en el proceso político colombiano, históricamente, termina donde empieza una imprevista rehabilitación del modelo con este gobierno de partido y los conservadores formalmente preparando una oposición.

La teoría y el modelo socorridos por el autor proceden de la ciencia política, cuyo objeto es adquirir conocimientos verificables y falsables sobre el proceso político, de aplicación en la práctica política. El proceso se observa en los partidos, en la opinión pública, en las consultas elec-

torales, sin contaminarse de juicios de valor sobre la bondad o maldad del sistema. La bibliografía de Latorre es pronunciadamente de textos estadounidenses sobre teoría del sistema político, el sistema demoliberal como una realidad incondicionada. La teoría, como es palpable en la diferencia de los hechos entre 1982 y 1986, acusa un preocupante cariz tautológico. Si se cumple con el modelo, el sistema funciona; si no funciona es porque no sigue al modelo; en ambos casos el modelo es verdadero.

Un supuesto de la teoría democrática, como también se conoce a esta disciplina, es el de que el sistema demoliberal funciona representando la voluntad de los electores, pero, por lo menos en Latorre, esta teoría no hace reservas sobre los condicionamientos que mediatizan esta voluntad popular: la educación, la propaganda, el masaje mental de los medios y la publicidad, y tantos otros medios de condicionar el teórico deliberar de los ciudadanos. Sin embargo, un libro como éste promociona una nueva actitud o enfoque en el análisis de la política, depurándolo de manías románticas, y para quien lea entre líneas, comprueba una supervivencia y una vitalidad del régimen político dominante y de su aparato ideológico.

HELVECIO ERNESTO GOMEZ M.



## Crisis del desarrollo y desarrollo de la crisis

### Desarrollo nacional en Colombia: acumulación, crisis y Estado

Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin-Madison, 1981

William Leigh Canak

Ann Arbor University Microfilms International, 1983, 404 págs.

Esta tesis es un intento muy ambicioso de presentar un análisis materialista histórico del curso seguido por Colombia desde la dominación española hasta la última posguerra, enfocando el crucial aspecto del desarrollo nacional, entendido como:

*Planes necesariamente orientados hacia el retorno a una total incorporación dentro del proceso de acumulación de capital a nivel internacional, tan pronto como los niveles de acumulación de capital dentro de la nación permiten a las clases dominantes hacerlo en los términos más favorables (pág. 103).*

Con relación al amplio espacio temporal abarcado se argumenta que:

*dentro de las diferentes etapas en el proceso de acumulación de capital la dominación por diferentes sectores de capital dentro del bloque hegemónico en el poder, ha impreso su acento sobre la organización espacial y social del desarrollo nacional.*

Por lo tanto:

*La cuestión del desarrollo nacional, como lucha de clases transformadora dentro de la nación-Estado, se convierte en un referente central para estudios destinados a la comprensión del proceso de acumulación de capital: cambios en*

*la extensión internacional de momentos en el circuito de reproducción de capital, tendencias estructurales generales en la acumulación de capital y luchas entre facciones de la clase dominante, todo lo cual está condensado en estas luchas de clases. La cuestión dual de la reproducción y transformación de las relaciones de clase dentro del proceso de acumulación de capital proporciona al análisis empírico una clave para la comprensión de las recurrentes crisis del desarrollo nacional (pág. 105).*

Cabe subrayar un antecedente importante en la dirección de esta disertación. La participación de Eugene A. Havens, quien ha trazado una línea de investigación sobre Latinoamérica y Colombia, principalmente en los aspectos del desarrollo y la dependencia. Lo atestiguan varias contribuciones, principalmente derivadas de su colaboración en los comienzos de la facultad de sociología de la Universidad Nacional, a través del Pledes (Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo, 1964-1969), y luego desde la Universidad de Madison, coauspiciadora del Pledes.

Ahora bien: la comprensión de este estudio no es nada fácil. Esto se debe a que su metodología de análisis y forma de exposición buscan corresponder a una teoría sociológica difícil de manejar en abstracto, y arriesgada en la confrontación con la realidad que pretende explicar. Además, la versión de análisis materialista histórico acogida por Canak resulta atrevidamente heterodoxa, no comparable, en mi modesto conocimiento, a ninguna otra aproximación explicativa del proceso de desarrollo nacional.

El autor insiste en las excelencias de este enfoque, dedicando los dos primeros capítulos a la justificación y conceptualización de su perspectiva.

El capítulo uno revisa críticamente las diversas teorías del desarrollo nacional (Development Studies), como cuestión ligada a los problemas del cambio social. Todos los autores y concepciones repasados son descalificados en su capacidad de ade-